

**S**IN presunción alguna yo podría escribir «ex abundantia cordis» sobre José María Escrivá cuando eran muy pocos los que le conocían a fondo. Es decir, tuve la inmensa suerte, en los primeros tiempos fundacionales, de ser uno de los amigos íntimos que más recogieron y analizaron —sin pertenecer al Opus Dei— las ideas, las palabras, los proyectos e, incluso, la ingeniosa manera de ser y actuar, en el terreno apostólico, de José María Escrivá. Pero, precisamente por ese conocimiento profundo, nacido en España y extendido a Roma, durante muchos años, me obliga a no ser un apologista sin freno, de un hombre y una obra abiertamente discutida.

Conocí a José María Escrivá y Albás en octubre de 1928, en un centro de preparación de la carrera de Derecho en la madrileña calle Ancha de San Bernardo, esquina a la del Pez, frente al Ministerio de Gracia y Justicia. Yo acababa de matricularme en la Universidad Central como alumno libre en el primer año de Leyes, tratando de compaginar estos estudios con los de la Escuela de Periodismo de «El Debate», fundada por don Angel Herrera Oria.

Don Florián Ruiz Egea, director y propietario de la academia, me presentó una tarde a un joven profesor que se había ordenado sacerdote en Zaragoza, en 1925, al que encargó de prepararnos a un pequeño grupo de alumnos para una asignatura tan fundamental como el Derecho Romano, cuya cátedra en la Universidad la asumía el profesor Castillejo, considerado como uno de los grandes «huesos» de la carrera. Ciertamente que el «curita» —natural de Barbastro y de primer apellido valenciano— que me acababa de presentar el director de la academia nos hizo a todos una excelente impresión, no sólo por su abierta y radiante simpatía, sino porque nos hacía estudiar, a fondo, con alegre desenfado juvenil.

Era en aquella época, José María Escrivá, un tipo de los que hoy se clasificaría como de cura progresista y contestatario, sobre todo en ciertos aspectos exteriores y dialécticos, que vestía con frecuencia de paisano, y que traslucía una indismulable preocupación en orden a lo que era y representaba la Iglesia en su conjunto en la década todavía de los años veinte. En nuestros muchos encuentros, generalmente a la caída de la tarde, y al menos una vez por semana, yo abordaba temas y problemas difíciles de naturaleza inconformista, y él, no con seriedad y petulancia de maestro, sino con la sencillez y confianza del amigo —no obstante nuestra diferencia de años— me los rebatía o trataba de orientarme, principalmente en cuestiones religiosas, llevándome al cauce de la estricta ortodoxia.

Reafirmada esta gran amistad, ya al margen de lo que fue el profesor y el alumno, José María me explicó, a medida que el tiempo transcurría, la historia de su familia, el ejemplo hogareño de sus padres, los sufrimientos del cabeza de la casa por una quiebra comercial, los cambios de domicilio entre Barbastro y Zaragoza, la muerte del padre, sus problemas como hijo mayor para ocuparse de su madre y de sus hermanos, sus propios proyectos y ambiciones sacerdotales, sus sacrificios para hacer el Doctorado en

## MI AMIGO EL PADRE ESCRIVÁ

Por Julián CORTES-CAVANILLAS

Leyes y las vacilaciones que alguna vez asediaron su vocación, no obstante resultara siempre vencedora gracias a la robustez religiosa de su fe y a la firmeza de su carácter, asentado sobre una voluntad de hierro. Cuando encontré en Madrid al joven sacerdote, acababa de llegar de Zaragoza, buscando mayor espacio a sus sueños y aspiraciones, dejando en la capital aragonesa a su madre, doña Dolores; su hermana, Carmen, y su hermano, Santiago, tras la muerte en Logroño de su padre, don José, el 27 de noviembre de 1924. Hasta 1932, la familia no se decidió a instalarse en Madrid, ocupando inicialmente un piso modesto de la calle del General Martínez Campos, 4. Mientras tanto, José María Escrivá vivió en una residencia de la calle de Larra hasta que asumió la capellanía del Patronato de Enfermos, fundado por doña Luz Rodríguez Casanova, cuya casa central, inaugurada por el Rey Alfonso XIII, se encontraba —y se encuentra— en la calle de Santa Engracia, 13, servido ejemplarmente por las Damas Apostólicas. En el transcurso de esos años —del 28 al 32— el padre Escrivá fue alternando la enseñanza privada de Derecho, estudiando al mismo tiempo el Doctorado, con su ejercicio de capellán hasta ser nombrado rector de las Agustinas Recoletas del monasterio de Santa Isabel, donde vivió con su madre y sus hermanos hasta las vísperas de comenzar a concretarse lo que con el tiempo sería el Opus Dei.

Uno de los recuerdos más emocionantes para José María Escrivá y para mí fue la fecha trágica del 11 de mayo de 1931, en plena fiebre republicana, cuando la terrible quema de iglesias y conventos de Madrid, acompañándole a pie, calle de Santa Engracia arriba, llevando oculto en su pecho al Santísimo Sacramento, extraído del sagrario del Patronato de Enfermos, hasta depositarlo en un piso de las casas militares de Cuatro Caminos, donde vivía su íntimo amigo Pepe Romeo. No obstante la ola de anticlericalismo, la actividad del padre Escrivá fue desbordante, con un claro sentido de apostolado moderno. Es curioso que, pese a la gran amistad que me ofreció siempre, no me habla en el año inicial de 1928 de su gran proyecto fundacional. Sí me habla, en cambio, hacia 1929, de crear una asociación o congregación eminentemente juvenil y universitaria, bautizándola en principio con el nombre de Caballeros Blancos. Pero nunca, en aquel tiempo, a pesar de nuestra gran amistad, me contó que el 2 de octubre del año anterior, mientras hacía un retiro espiritual en la iglesia

de los Paúles, de la calle de García de Paredes de Madrid, se sintió llamado «a ser en la tierra —según explica hoy su biógrafo, Salvador Bernal— el instrumento elegido por Dios para realizar su empresa divina del Opus Dei».

La realidad es que Escrivá se negó siempre a hablar, de una manera absolutamente clara, de ese presunto sucedido del 2 de octubre de 1928. Sí, en cambio, el actual presidente del Opus Dei, Alvaro del Portillo, comentó que el joven José María, rezando en su retiro de los Paúles, «vió el Opus Dei —son sus palabras— y oyó repicar las campanas de la no muy lejana parroquia de Nuestra Señora de los Angeles, junto a Cuatro Caminos, que sonaban a voleo festejando a su Patrona». A mí, cuando por primera vez me habla en abstracto de la «Obra», es en 1931, y al preguntarle alguien —según cuenta Salvador Bernal— «cómo va esa Obra de Dios», responde que no quería que lo que trataba de hacer como apostolado se llamara de ninguna manera. Y, no obstante, fue esa pregunta la que se decidió a tomar como nombre: «Obra de Dios», «Opus Dei», «Operatio Dei», «Trabajo de Dios».

A mi regreso definitivo a Madrid, después de más de veinte años de corresponsal de ABC en Roma, el fundador y presidente del Opus Dei me llamó por teléfono para invitarme a un almuerzo de despedida y tener un encuentro que fuera como el resumen de tanto tiempo de fuerte y sólida amistad. Entonces le pedí lo que no le había pedido nunca, y fue que sellara ese «adiós» en la órbita sagrada de Roma con unas declaraciones sobre la esencia del Opus Dei, destinadas al diario ABC a través del corresponsal que se despedía. Muy raras veces, José María Escrivá había accedido a hablar a través de la Prensa, por temor a provocar polémicas o por negarse a tocar temas o responder a preguntas que consideraba fuera de su propia actividad apostólica. Sin embargo, el 25 de marzo de 1971, el fundador del Opus Dei me hizo unas declaraciones de evidente importancia. Al preguntarle si la Obra perseguía alguna finalidad política, me respondió que «son bien conocidas no pocas asociaciones católicas que se dedican como fin principal a formar ciudadanos para la vida política. Me merecen respeto. Y ese fin es perfectamente bueno y perfectamente legítimo. En cambio, la finalidad del Opus Dei es exclusivamente espiritual, de formación cristiana, y deja a sus socios personalmente libres —y por tanto personalmente responsables— en todo lo que es temporal».

Esta fue mi última conversación con José María Escrivá, mi gran amigo. Cuatro años más tarde de este encuentro, el 26 de junio de 1975, murió en la casa del Opus Dei en Roma. En el abrazo que me dio al despedirme en Roma, me dijo con su buen humor habitual: «Julián, reza mucho por mí para que pueda saltarme a la torera el purgatorio.»



Julián Cortés-Cavanillas  
Periodista y escritor

JUEGO GRATIS AL  
ABC Portfolio